

la señorita de la Cochonniere. Todos pasaron alegremente la velada, y rieron y se divertieron como era costumbre en aquella corte, esto es, burlándose unos de otros.

Las más encopetadas damas que allí había eran las duquesas de Saint-Pierre y de Estrees, á quienes trataban con grandes miramientos, porque ¡ahí era nada que en Sceaux se presentasen duquesas para hacer la corte á la del Maine! ¡Y es que aquella malaventurada bastardía había hecho tantas diabluras bajo el reinado precedente y al principio de la Regencia! El duque de Saint-Simón y otros advenedizos se habían encaramado de tal suerte á propósito de esta dignidad, que la corte de Sceaux les echaba un puente de sonrisas para atraerlos.

Al otro día de haberse representado la comedia, Voltaire y su Urania nos dejaron; el duque de Richelieu quería verlos antes de salir para Génova. Aquéllos, al partir, me dijeron que se trasladaban á Lorena, donde pensaban avocindarse.

—Renunciamos al mundo, señora; vamos á establecernos en la soledad para cultivar las artes y la amistad. Nos visitará V., ¿no es verdad?

—Así es — contesté, ganosa de ver aquella intimidad y una casa instituída por tales personajes.

—No á todos dirigimos el mismo ruego; somos y seremos muy exigentes. Ya verá V. cómo instarán para ir á vernos.

—No lo dudo, y le estoy muy agradecida, señora. En cuanto á V., señor de Voltaire, ya sabe cuánto lo admiro.

Los dos amigos partieron muy temprano, y no volvieron á verlos.

Durante cinco ó seis días, Voltaire y su amiga fueron blanco de las más acerbas críticas, en particular por parte de la señora del Maine.

—Todo eso se lo disculpo yo á Voltaire, porque, como hijo de notario, le son desconocidas nuestras costumbres; ¡pero la señora del Chatelet y la señorita de Breteuil!

—Señora—repuse,—cabalmente es por eso; el señor de Breteuil ha podido enseñar á su hija los modales de los mayordomos de provincias y de la magistratura de París; por lo que hace á los de la corte, los ignora.

—El, á lo menos ha visto la corte, y durante toda su vida ha tratado á personas de cuenta; ¡pero ella! no puedo tragar sus andares de diosa burguesa. El espíritu de Voltaire le sirve de paraguas; pero, repito, que nadie tiene que decir: si él se sentase sobre la mesa, se lo perdonaría; pero á ella, nada.

Nunca pudo la señora del Maine ver con buenos ojos á la señora del Chatelet. Por lo demás, lo mismo pasaba á los otros, y el más claro ingenio del siglo revelaba en aquella pasión un gusto extravagante.

A mi modo de ver, lo peor es que la señora del Chatelet era ridícula y fastidiosa.

## LXIV

Partido que hubieron Voltaire y su diosa, anudamos nuestra vida habitual, quiero decir que nos entregamos nuevamente á los paseos, á la caza y á las diversiones. Por la noche, los títeres, y en ocasiones piecicillas y comedias: siempre el ingenio, versos, canciones, en las que el duque del Maine se llevaba la palma. Yo disfrutaba por manera indecible en medio de aquella sociedad.

La señora de Staal se quejaba abiertamente de

su ama, y decía que no podía vivirse con ella, y que se iría; pero no se iba. Y es que la duquesa, á pesar de sus conocidísimos defectos, tenía una gracia, un atractivo y una manera de hacer las cosas, inimitables. Aun antes de poder acusarla, ya la justificaban, y de tal suerte anhelaban todos estar bien con ella, que le buscaban excusas.

— Señora — decíale yo con frecuencia, — si en vez de pasar el tiempo en regañar al señor duque de Orleans, hubiese Vuestra Alteza podido verlo sin prevención, los dos habrían gobernado á Francia. El duque hubiera adorado á Vuestra Alteza, aun viviría, y ambos continuarían amándose.

— Porque nunca nos habríamos amado, ¿no es verdad?

La duquesa del Maine tenía enjuto el corazón y huera la cabeza, y debió su desventura á la ruina de su vanidad y de su ambición. De haber tenido el duque del Maine verdaderos derechos al trono, hubiese podido gobernar algo ó á alguno, y no habría ambicionado nada.

En Anet acaeció un accidente que nos apenó á todos: la pobre duquesa de Estrees rodó por la escalera y dió de cabeza contra los peldaños, quedando sin conocimiento. Sangrada inmediatamente, no por eso dejó de cenar por la noche, casi como de costumbre, y, al otro día, como si tal cosa, á lo menos así lo afirmaba ella.

La duquesa de Estrees pasó quince días en estado casi satisfactorio; pero de improviso se sintió mal, y por la noche cenó en su habitación, en compañía de la señora de Fervaques, con quien se rió grandemente hasta media noche, hora en que la duquesa se acostó. Ahora bien, apenas la señora de Estrees se hubo metido en la cama, inclinó la cabeza sobre el pecho y le entró el estertor de la agonía.

Las criadas de la duquesa chillaron desafortadamente, y á sus voces acudieron todos, y la señora del Maine en primer término.

Prodigáronse á la agonizante los más solícitos cuidados, expidiéronse correos á todas partes en busca de médicos, por haberse declarado insuficiente el nuestro; pero cuando llegaron era ya demasiado tarde: la señora de Estrees había ya dejado de existir.

Aquella muerte sembró, por espacio de dos días, el espanto en el seno de aquella alegre compañía; todos quedaron como petrificados hasta el entierro; pero, efectuado éste, no pensaron más en la difunta. En mi vida he visto un olvido más rápido.

La señora de Staal habló de él largo tiempo.

— Si yo me muriese, pasaría lo mismo — le dije; — quizá me añorarían un poco más, pues soy más útil, pero no lo demostrarían tanto, pues no soy duquesa.

Yo no tenía pretensiones á un apego que no sentía; así, pues, regresé á Sceaux con la señora del Maine, y allí pasamos todo el otoño. Al acercarse Navidad, hicimos villancicos muy preciosos, y los reuní todos; pero la señorita de Lespinasse, indudablemente por inadvertencia, se los llevó, y nunca jamás he podido dar nuevamente con ellos. Me duele; los habría trasladado aquí.

A eso de las ocho de la noche reuníamos en el salón de Sceaux, y allí había un músico que tocaba los aires de los villancicos en boga, y cada cual componía sobre ellos sus versos. Pasábase revista de los sucesos de la corte y de la sociedad; bastaba que el pesebre fuese el pretexto.

Los señores de Sainte-Aulaire y del Maine sobresalían en esta clase de composiciones; en cuanto á mí, nunca he sabido encerrar mi pensamiento en una

copla. Una recuerdo, del duque del Maine, bastante linda, que empezaba con un largo lamento dirigido á la señora de Mailly y estaba adaptada á la música de *¿Estás enojada, vecinita?*

También teníamos á Davisart y al presidente Dreuillet, de quien me parece que ya he hablado.

Davisart tenía la chifladura de la fidelidad; hubiera dado su vida por el duque del Maine, y el corazón le decía incesantemente que aquél sería primer ministro. No llegaba correo ni traían carta alguna sin que Davisart exclamase:

— Por fin está en su sitio, ¿no es verdad?

Mientras vivió el príncipe, nada fué poderoso á desvanecer esta esperanza de Davisart; ni aun la muerte del duque se la destruyó, como lo prueba el epitafio que le compuso y en el cual lo trataba de hijo de Júpiter y de primer ministro del Olimpo.

Como no podía menos de ser, Davisart fué encerrado en la Bastilla cuando la conspiración, de la cual creo no estaba él muy profundamente instruido.

Davisart se había llevado consigo á Sceaux á su amiga la mujer del presidente Dreuillet, de la cual estaba, con razón, prendadísima la duquesa del Maine, con tener aquélla más de setenta años; y es que la presidenta era muy ingeniosa, y componía chispeantes epigramas y deliciosas canciones.

Cierta noche cenábamos en el Arsenal, donde la señora del Maine había hecho construir un pabellón junto al río.

Ahora bien, á la cena aquella asistía la señora Dreuillet, tan enferma, que parecía no tener más que el aliento, no obstante lo cual la duquesa le rogó que cantase apenas empezada la cena.

— Pero, señora — dijo el presidente Henault al oído de la duquesa, al lado de la cual estaba sentado, — hemos de pasar á lo menos cinco ó seis horas á

la mesa, y si Vuestra Alteza empieza ya, la señora Dreuillet no podrá resistir hasta el fin.

— Dice V. bien — contestó la duquesa; — pero ¿no ve V. que no hay tiempo que perder, y que esa mujer puede morir cuando sirvan el asado?

Unos á otros nos miramos asombrados de tan cruel burla, por más que no nos extrañó, conociendo como conocíamos á la duquesa del Maine y su corazón.

Había también entre la concurrencia un sacerdote llamado Vaubrún, hermano de la duquesa de Estrees, que no se movía de casa de la del Maine, y del cual, siguiendo la moda de entonces, tracé la semblanza que á continuación transcribo:

«El padre Vaubrún tiene tres codos de estatura del lado derecho y dos y medio del lado izquierdo, gracias á lo cual anda muy irregularmente. Lleva erguida la cabeza y muestra con confianza una cara que á primera vista sorprende, pero que no obstante no choca tanto como la rareza de sus facciones parece exigirlo. Lo contrario que su inteligencia, sus ojos tienen más profundidad que superficie, y su risa suele reflejar la satisfacción que le causan las producciones de su imaginación. No pierde el tiempo en el estudio ni en la busca de lo substancioso, sólo en predicamento entre el limitado círculo de hombres ingeniosos y meritorios; pero se ocupa formalmente en todas las bagatelas. Es el que primero sabe las novedades que ocurren, y el de quien siempre reciben todos el primer cumplido sobre los acaecimientos agradables. Nadie como él da un giro más galante á una insulsez, nadie como él conoce cuánto vale la consideración que acompaña al vivir con los personajes de viso ó de cuna ilustre. Es muy solícito para con sus amigos, cumple con ellos todos sus deberes, y les asiste en su agonía con la misma satisfacción que asistido había

á sus triunfos. En la amistad no tiene la delicadeza molesta; se contenta con la apariencia, y le halagan más las muestras públicas de consideración que la estimación verdadera. La señora duquesa del Maine lo ha definido puntualmente al decir de él que era lo sublime de lo frívolo.»

Y podía tanto más la duquesa definirlo así, cuanto que ella tenía casi tantos derechos como Vaubrún á la misma definición.

Así, poco más ó menos, se deslizaba la vida en Sceaux; pero tengo para mí que no he de hablar más de ella, porque no ocurrieron allí más novedades. Las caras eran casi siempre las mismas, y los mismos los pasatiempos. Hasta la muerte de la señora del Maine, puede decirse que viví en aquella casa.

Sin embargo, voy á referir otra particularidad.

Solían alojarme en el palacio pequeño, porque, con mucha frecuencia iba yo á París, y á casa de mis amigos que vivían en el campo: visitaba á la señora del Chatel en Montmorency, á la señora de la Guiche en Camps, etc.

Un año prolongamos nuestra estancia en Sceaux, y como yo estaba constipada, propusieronme que me alojase en el palacio grande, lo cual acepté de mil amores, pues en todo tiempo y sin necesidad de salir podía trasladarme al salón y al comedor.

La señorita de Launay, entonces todavía soltera, según veo en mis notas, vino á verme toda presurosa para conjurarme que nada hiciese, y añadió:

— Hase hablado mucho de las ausencias de V. y del disgusto de tener en el palacio grande una habitación á menudo vacía. Han dicho también que un pequeño constipado y una tos, nada significan, que ciertas personas se preocupan con el más insignificante mal, sin hacer caso de la conveniencia y del

placer de los demás. Si muda V. de habitación, no será mala cara la que yo le ponga, ni flojos los alfilerazos que de mí va V. á recibir.

No titubeé ni por espacio de un segundo, cuanto más que ardía en deseos de irme para no volver; pero como mi amiga me instó que nada hiciese, para complacerla me quedé, si bien dándome el gustazo de mostrar que no me había caído en saco roto la mala cara que me pusieron al negarme ahora á aceptar la nueva habitación.

— ¡Ah! mejor — me contestó sencillamente la duquesa, — me place; nada me contraría tanto como el ver una puerta cerrada con llave al pasar por el corredor; durante todo el día no puedo sacudir la tristeza.

Estas fueron todas las gracias que recibí.

## LXV

Tenia yo una amiga de la que también quiero hablar con alguna detención, pues fué asimismo desventuradamente célebre. La pobre pagó con un triste fin algunos instantes de dicha problemática. Me refiero á la señora de Vintimille. La conocí en Sceaux, ó más bien dicho por conducto de la condesa de Tolosa y de la señora de Noailles, en casa de la cual fueron educadas las señoritas de Nesles.

No he hablado de Paris Duvernay y de sus hermanos, primeramente consejeros y amigos de la señora de Prie, y después de madama de Chateauroux, como es notorio. Llegaron aquéllos de sus montañas de Saboya en las postrimerías del reinado de Luis XIV. Dueños de una posada en la que tuvieron la fortuna

de hospedar á la duquesa de Borgoña, á su paso, ésta se fijó en ellos, porque eran garridos, y les hizo venir á Francia, donde han hecho la fortuna que todos sabemos.

La señora de Vintimille, hija segunda del marqués de Nesles, era mujer de buen corazón y recto juicio, y como no era dada á la ostentación ni al ruido, nadie habló de ella. Sus hermanas se habían casado — no obstante ser hijas de una de las mujeres más conocidas por su extravagante conducta, — gracias á lo ilustre de su apellido y á su dote. La mayor casó con el conde de Mailly; la segunda con el marqués de Vintimille, de origen italiano; la tercera con el marqués de Flavacourt; la cuarta con el marqués de la Tournelle, y la quinta con el marqués y después duque de Lauraguais. Todas, excepto la señora de Flavacourt, fueron queridas del difunto rey.

Nada más que los otros tengo que decir de la señora de Mailly, de la señora de Tournelle, después duquesa de Chateauroux, ni de la señora de Lauraguais; no hay quien no conozca sus aventuras. La señora de Vintimille permaneció en la obscuridad por muchas razones, primeramente porque murió joven, y después porque en lo que le pasó hubo un misterio que muchos tenían interés en ocultarlo.

La señora de Mailly, mujer grande y noble, fué abominablemente acusada, cuando hubieran debido compadecerse de ella. La señora de Chateauroux, calificada de heroína, no valía nada; sólo era ambiciosa y lo habría sacrificado todo á su ambición, escollo en que naufragó.

Plúgome desde luego la señora de Vintimille por su bondadosísimo aspecto, y como yo le simpaticé también, intimamos grandemente. Esto pasaba al principio de las amistades de la señora de Mailly con el monarca. La señora de Vintimille frecuentaba mucho

la corte, y la de Mailly la introducía con ella en las habitaciones privadas.

La señora de Mailly adoraba á Luis XV, no á causa de su poder y grandeza, pues nada quería aceptar de él, y hubo que violentarla para mejorar un poco su módica fortuna; lo amaba apasionadamente, y, como lo probó después, estaba pronta á todos los sacrificios por su amor.

Daba la señora de Mailly á su amante todos los placeres, y congregaba en torno de él á las personas que le eran gratas.

La única persona que se mostraba verdaderamente amiga de la señora de Mailly, era la de Vintimille, la cual no tenía secretos para ella ni hacía cosa alguna sin consultarla.

Voy á manosear una de las páginas más secretas y más singulares del corazón humano, una de esas impresiones que únicamente pueden referirse, y que no se explican ni se analizan. No sé qué habría hecho yo en lugar de la señora de Mailly y de su hermana, pero de fijo no hubiera obrado como ellas.

En verdad, Luis XV era, á la sazón, el hombre más apuesto y más seductivo de su reino. A las gracias del cuerpo reunía las de la inteligencia, y era bueno, afable, valiente y atractivo. La señora de Mailly se moría de miedo de no ser amada; y es que el rey no la había escogido, sino aceptado, y esto lo sabía ella, no ya en la flor de la juventud ni hermosa sin pero, aunque de privilegiado ingenio. Pero ¿quién le decía á la señora de Mailly que para un príncipe de la edad de Luis XV fuese el ingenio el atractivo más poderoso?

Hacia algún tiempo que la señora de Vintimille estaba imaginativa y parecía abstraerse á sus confidencias, y hallaba pretextos para no ir á Versalles ó á Choisy, sobre todo para alejarse del rey; el cual, al

contrario, preguntaba frecuentemente por ella, y se lamentaba de su ausencia, y sobre todo le extrañaba.

La señora de Mailly quiso saber el porqué, y escribió á su hermana rogándole que viniese á verla, que pusiese término á sus rigores, y añadiendo que, de no complacerla, iría ella á buscarla.

Contestó la señora de Vintimille que se disponía á salir de París por una temporada, y decía á su hermana que no se tomase ninguna molestia en buscarla, pues no daría con ella. La señora de Mailly no se explicó la contestación aquella ni aquella ausencia, y envió de nuevo á casa de la marquesa, averiguando por fin que ésta se encontraba en Navarra, en casa de la duquesa de Bouillon.

El rey, al enterarse de aquel viaje, montó en cólera, y acusó á la señora de Mailly de haber dejado partir á la marquesa, de no haber sabido retenerla y de no saber qué hacer para inclinarla á regresar.

— Si Vuestra Majestad lo quiere, iré por ella á Navarra — contestó la buena señora; — tal vez no resistirá á mis ruegos.

— Vaya V., condesa, vaya pronto y vuelva todavía más aprisa. Me gusta ver á mi lado las mismas caras; además, la marquesa es hermana de V., y, como tal, no puede menos de serme muy cara.

La condesa no se lo hizo repetir, y salió para Navarra.

— ¡Ah! ¡hermana, hermana mía! — exclamó la señora de Vintimille al ver á la condesa y echándose á llorar. — ¿Qué vienes á hacer aquí?

La marquesa se paseaba sola por el parque, del lado del monumento erigido á la memoria de la Prie, el caballo de Turena, al cual caballo habían aislado en las caballerizas del castillo, y concedido los honores de un mausoleo después de muerto.

— Desde que está aquí la marquesa no ha hecho más que suspirar y pasearse sola — dijo la duquesa de Bouillon á la señora de Mailly.

— ¡Válgame Dios! ¿qué te pasa, hermana? ¿Por qué lloras? — exclamó la condesa.

— Estoy enferma — contestó la señora de Vintimille; — salí se París para salvarme; huí de lo que fomentaba mi mal. Tal vez me habría curado, y hete aquí que me lo recuerdas todo.

— Por ti he venido, hermana.

— ¡Por mí! ¡Es posible! ¿tú vienes á buscarme?

— Sí, de parte del rey.

— ¡No me digas eso! ¡no me digas eso! — exclamó la marquesa llorando todavía más.

— Hermana mía, no te comprendo; me das profunda pena. ¿Has dejado de quererme?

— Nunca te quise tanto como ahora.

— ¿Te he ofendido involuntariamente?

— ¡Nunca!

— ¿Acaso el rey...?

— ¡El rey! ¡el rey!... ¿Podría yo quejarme del rey?

— ¿Qué es, pues? ¿Te habría faltado algún cortesano al respeto que te debe? Supongo que no, de lo contrario tendría que arrepentirse. No soy vengativa, nunca he solicitado del rey que me sostuviese; pero no soportaría de ningún modo que te infiriesen la más leve ofensa.

— Nadie me ha ofendido; estoy enferma, y nada más.

— ¿No quieres venirte conmigo?

— Es imposible.

— Pues yo no me vuelvo sin ti; el rey no me lo perdonaría.

— Dile que el señor de Vintimille me lo veda.

— ¿El señor de Vintimille? ¡Ah! hermana mía,

¿por ventura el señor de Vintimille se ha ocupado nunca en lo que tú haces, ni tiene el poder de encadenar tu voluntad?

— No insistas, mi buena y querida hermana; no insistas, déjame.

Si á la señora de Mailly no le hubiese impedido obedecer su bondad, se lo habría impedido la curiosidad. Así, pues, dijo:

— Tienes un pesar, hermana, y me lo ocultas á mí, que te comunico todos mis pensamientos.

— También yo te he dado á conocer el mío; nada te oculto — contestó la marquesa. — Por favor, vuélvete á Versalles, y déjame.

— No te dejaré, y te pondrás en camino; el rey quiere, desea que me sigas, y me seguirás.

— No lo creas, ni volveré á veros á ti ni á él, á lo menos hasta que yo...

— ¿Hasta qué?

— Nada más tengo que añadir á mi negativa, hermana mía; vé.

La lucha fué larga. La señora de Mailly lo probó todo para convencer á su hermana y reducirla á su voluntad; pero la señora de Vintimille se mantuvo en sus trece, y la condesa no tuvo otro remedio que volverse como había venido.

Luis XV, al ver llegar sola á la señora de Mailly, se mostró vivamente contrariado, y después de escucharla con impaciencia, la interrumpió diciéndole que la señora de Vintimille vendría, que él así lo entendía y que iba á enviar por ella.

La señora de Mailly, al escuchar estas palabras, empezó á entrever la verdad, hasta entonces por ella repelida. Tuvo que rendirse á la evidencia, y confirmó sus temores la frialdad del rey durante los siguientes días.

Ensimismóse entonces la condesa, y, consultando

su corazón, se preguntó de qué era capaz para probar á su amante cuán cara le era su dicha, y cuán poco le importaba la suya propia cuando de él se trataba.

Su corazón le contestó que ella se sacrificaría sin titubear y completamente al gozo de abnegarse, pasión de las almas nobles siempre mal recompensada.

La señora de Mailly pasó algunas noches desvelada; y es que el rey sólo la visitaba por el bien parecer, y cada vez más malhumorado, pues la marquesa no llegaba.

Comprendió la señora de Mailly que la resistencia continuaba y que tal vez ella era la única que podría hacerla cesar.

— ¿De qué sirve la omnipotencia, si no puede uno obtener lo que más desea? — dijo una noche el rey hallándose de visita en casa de la condesa.

Al otro día, temprano, la señora de Mailly envió por el duque de Richelieu, confidente eterno de los amores de su señor, ministro de sus placeres, y de todos sus consejeros aquel en quien tenía más confianza.

— Caballero — dijo la condesa al duque, — es V. amigo del rey y mío, y no me negará V. un favor.

— Será para mí una verdadera satisfacción el hacerlo, señora, y demostrar á V. y á Su Majestad el rey mi fidelidad.

— ¿Me responderá V. con toda franqueza?

— Según sea la pregunta.

¡Responder con franqueza! no puede pedirse á un cortesano mayor prueba de fidelidad.

— Soy exigente, es verdad — dijo la señora de Mailly sonriéndose con tristeza. — Sin embargo, he contado con V. El rey no tiene secretos para V., y, por tanto, ha de conocer V. la causa de su mal humor. ¿Cuál es? Dígamelo V.,

- Lo ignoro, señora.
- No puede V. ignorarlo. Hable V., pues.
- Ya supondrá V., señora, que si el rey me lo hubiese confiado, no lo vendería.
- ¡Conque Su Majestad ha dejado de amarme!
- La ama á V., señora; pero...
- ¿Pero qué?
- Ea, no puedo decirlo.
- Se lo pediría á V. de rodillas, señor duque, si no supiese que V. no lo consentirá.
- Señora condesa, al fin y al cabo es V. mujer ingeniosa, y tiene V. un corazón tan grande, que tal vez va V. á comprender y á perdonar esa locura.
- Hable V. de una vez, duque, me está V. matando.
- Pues bien, el rey continúa enamorado de V.; pero no ama á V. sola. Le falta á V. algo, cuando no está con V. su señora hermana. Sin V., el rey no amaría á la señora de Veintimille; pero sin ésta, ama menos á V.

La señora de Mailly se puso sumamente pálida, y, represando á duras penas un sollozo, dijo:

- Ea, el rey no me ama; ya yo lo sabía; sin embargo, me duele oírlo repetir.
- Yo no querría...
- Sí, la exigencia ha partido de mí. Permítame usted otra pregunta: ¿sabe algo de eso mi hermana? Medite V. su respuesta.
- Es indudable. Su Majestad le habló de ese afecto, y esto fué la causa de que ella huyese.
- ¿Ha vuelto á llamarla el rey?
- Sí, señora, le ha escrito; pero ella se ha negado á venir, contestando que no obedecería sino á una orden, que Su Majestad no se ha atrevido todavía á dictar.
- Gracias, señor duque, por cuanto acaba V. de manifestarme; lo demás me atañe ahora á mí. Una

postrera pregunta: ¿Ama al rey la señora de Vintimille? ¿lo cree V.?

- ¿He de ser franco?
- Sí, señor.
- Pues bien, mi querida condesa, si la señora de Vintimille no hubiese amado al rey, no habría huído tan aprisa.

La señora de Mailly nada contestó; para almas de su temple, hay heridas que no chillan, que no se quejan y á las cuales nada borra.

Despidió la condesa al duque, envió á decir al rey que estaba enferma, y permaneció encerrada hasta el día siguiente sin ver á nadie. Se comprende, pero no se explica, lo que la señora de Mailly padeció aquella noche. Levantóse tranquila, en la apariencia; llamó á una de sus criadas, en la cual tenía absoluta confianza, y le ordenó que secretamente lo preparase todo para su partida.

- ¿Por ventura la señora condesa sale de la corte?
- No, hija mía; voy á Navarra á ver á la señora de Vintimille; sólo me llevo conmigo á Bourguignon, en quien puedo descansar. Entretanto, estoy enferma, ¿oye V.? No permitan Vds. entrar á nadie, ni al rey. Hay que estar muy vigilantes y procurar que mi ausencia pase inadvertida. Diga V. á Bourguignon que me espere con una silla de posta en el camino de Saint-Cyr, y procúrese V. para mí un vestido de mujer de faenas ó de tendera; que no puedan conocerme.

La fiel criada no hizo observación alguna; cumplió puntualmente los deseos de su ama, y, preparado todo, la avisó.

- Le recomiendo que nadie entre, ni él, sobre todo él, ¿oye V.?
- Pero, señora, ¿y si Su Majestad se empeña en forzar la puerta?
- ¡Qué ha de forzar! no ama lo bastante para eso,



Dichas estas palabras, la señora de Mailly se fué y subió á una silla de posta frente al estanque de los Suizos, envuelta en una toca de indiana y del todo desconocida.

Al llegar á Navarra, la condesa se apeó en una posada, ó más bien dicho en una taberna, y envió á Bourguignón al castillo con una carta.

La señora de Vintimille, al conocer la letra, se echó á temblar; daba lástima ver á la pobre marquesa, tan desfiguraba estaba; aquella lucha le quitaba la vida.

— Mi señora está aquí, y desea ver á la señora marquesa — dijo Bourguignón; — no se irá sin haberla visto. Va disfrazada para no comprometerse. ¿Quiere la señora marquesa que mi señora venga, ó prefiere darle una cita para un lugar apartado?

— ¡Mi hermana aquí, y disfrazada, y quiere verme y hablar conmigo! — exclamó la señora de Vintimille. — Yo no puedo ni debo ir á verla.

Bourguignón insistió; contó el espantoso estado en que se encontraba la condesa, las angustias y los padecimientos de la pobre mujer, de los cuales ignoraba él la causa, y su firme resolución de no salir de Navarra sin haber hablado con su hermana.

— Pues que venga inmediatamente — dijo la señora de Vintimille; — estoy sola, la señora de Buillon y sus huéspedes se han ido á pasar la velada á Evreux, en la obispalía; la recibiré y hablaremos. Saben que estoy enferma, y sin orden mía nadie vendrá á molestarme.

Bourguignón fué por su ama, la condujo al castillo, y la hizo entrar en la habitación de la señora de Vintimille, donde la dejó para ir á esperarla en la antecámara.

Las dos hermanas, una vez á solas, miráronse una á otra en silencio, y quedaron mutuamente mara-

villadas de la alteración de sus facciones. La señora de Mailly parecía un reo llevado al patíbulo, y la señora de Vintimille apenas respiraba. Por fin, su mutuo afecto se sobrepuso, y, llorando, se abrazaron.

— ¡Ah! ¡hermana mía! — exclamó la señora de Mailly, — te traigo mi ventura, no la rechaces.

## LXVI

La señora de Vintimille no se fijó en las últimas palabras pronunciadas por su hermana, y continuó confusa y con los ojos puestos en el suelo. Así, pues, la pobre víctima fué la que tuvo que continuar hablando.

— ¡Qué! ¿no me contestas? — dijo la señora de Mailly. — ¿Tendrás la crueldad de repeleirme?

— ¡Repelerte á ti, hermana mía! ¡Qué poco me conoces!

— No, mi buena hermana, no; pero lo sé todo.

— ¿Lo sabes todo? — profirió la señora de Vintimille, tapándose la cara con las manos.

— Todo — contestó la excelente señora de Mailly.

— Así, pues, conoces mis luchas, y sabes que he resistido, que huí, y que decidí arrostrar la muerte antes que dar oídos á mi corazón y al suyo.

— No morirás, ni él será desventurado por mi causa. Esto es lo que vengo á decirte.

— Explicame estas palabras, hermana mía. No aliento esperanza alguna, ni quiero; he resistido á sus ruegos, á sus órdenes; huiré más lejos todavía, si es preciso, antes que arrebatarte su cariño. Perdóname un afecto involuntario, que me mata. ¡Ay! si no he podido vencerlo, á lo menos no he cedido á él.

Tras un instante de silencio, durante el cual la señora de Mailly abrió la fuente de sus lágrimas, la condesa prosiguió:

— Todavía no me conoces, hermana mía; tú no sabes cuánto amo al rey, ni cuánto soy capaz de hacer por este amor.

— Sólo sé cuánto le amo y cuánto padezco.

— Pero no tanto como yo; tú resistes, y yo nunca lo hubiera resistido en nada. No me interrumpas, y escucha lo que de tan lejos he venido á decirte.

— Escucho, mi querida hermana, y estoy segura de que tus palabras salen del corazón.

— Pues bien, el rey te ama, y no puede vivir sin ti; es preciso que regreses á París.

— ¡Válgame Dios!

— Es necesario que te vengas conmigo; es forzoso que el rey sea venturoso por ti, y que tú seas dichosa por él...

— ¿Y tú?

— Vuestra ventura será la mía: ¿no te he dicho ya que la renunciaba en ti?

— ¿Y te retirarás?

— No.

— ¡Cómo! ¿te quedarás? ¿serás testigo...?

— Lo veré, hermana mía, y tal vez me agradezca el que te haya llevado conmigo.

La señora de Vintimille no daba crédito á sus oídos; y á mí en su lugar me habría pasado otro tanto, lo confieso. La fidelidad llevada á tal extremo, es para mí incomprensible, no sería capaz de imitarla; la admiro y la encuentro tan sobrehumana, que es á mis ojos una utopía.

— ¡Es posible! ¡Tanta virtud! ¡tal bondad! ¡Oh! no lo merezco.

— Sí, pues has luchado como buena, has querido sacrificar me tu felicidad, has quebrantado tu corazón

para mí, y has tomado cuantas precauciones has podido; á mí, pues, me toca retirarme. Joven y hermosa, puedes amarle mucho tiempo; yo, tu amiga y la suya, seré el testigo fiel de vuestra dicha, y la ocultaré al mundo, á la sombra de la que he perdido.

— ¡Cómo! ¿todavía quieres tú que...?

— Quiero todo lo que tú quieras. Dispón de mí; pero, ante todo, ven, él dispondrá lo que habrá que hacer después.

La señora de Vintimille se hizo mucho de rogar, pero, á mi ver, por pura fórmula; mas, anhelosa de ceder, al fin cedió.

Ambas hermanas convinieron, para evitar toda explicación, en aprovechar la ausencia de la señora de Bouillon para escribirle dos líneas diciéndole que un mensaje apremiante llamaba á la marquesa. Hecho esto, se acomodaron en la carroza de la señora de Vintimille. Bourguignon se encargó de devolver la silla de posta.

Gracias á su disfraz, á la señora de Mailly la tomaron por una burguesa ó por una de las criadas de su hermana.

La marquesa y la condesa hicieron juntas el viaje en medio de las mayores expansiones. La señora de Mailly casi estaba gozosa; y es que de puro abnegada sentíase dichosa. Llegadas á palacio, la condesa dejó que, ostensiblemente y antes que ella, entrase su hermana, y luego se escondió y se volvió á su cama.

No llegó la abnegación de la señora de Mailly hasta el extremo de ser testigo de los raptos de su amante á la primera vista de su rival.

La señora de Vintimille tenía en palacio una habitación contigua á la de la condesa, y entre ambas habitaciones había una comunicación que el rey aprovechaba con frecuencia para ir de casa de la una á casa de la otra. La marquesa se encaminó directa-

mente á su habitación, se atavió con elegancia y quedóse pensativa imaginando cómo haría sabedor de su llegada al rey. Nadie mejor para el caso que el duque de Richelieu; así, pues, la marquesa le escribió en un pedacito de papel estas sencillas palabras:

«La marquesa de Vintimille, llegada de Navarra esta mañana, tendrá á mucha honra ver cuanto antes al señor duque de Richelieu, á quien saluda muy atentamente.»

El duque, que tenía buen olfato, llevó sin pérdida de tiempo el precedente billete al rey, el cual exclamó:

— ¡Está aquí?

— Sí, sire, en su habitación.

— Vayamos inmediatamente.

— La marquesa esperaba á Vuestra Majestad, no obstante haberme enviado á buscar á mí.

— ¿Y la señora de Mailly?

— Está enferma.

— ¡Ah! ¿continúa en cama?

— Sí, sire. Esta mañana he insistido para entrar, y Bernardina me ha cerrado desapiadadamente la puerta.

— ¡Pobre condesa!

— La señora de Vintimille está buena. Supongo que esta noche cenaremos con ella, sire.

El rey no contestó, y se encaminó á la habitación á la que tantas veces había mirado colérico cuando estaba vacía.

La marquesa oyó ruido, y adivinando de quién eran los pasos, se llevó la mano al corazón, temerosa de que iba á sofocarla.

— ¡Ah! señora — exclamó el rey aliviando el paso, — mucho se ha hecho V. desear.

La marquesa, sin fuerzas para contestar, hizo una mesura con la cabeza.

— Ya no volverá V. á irse — prosiguió el monarca.

Richelieu, que había entrado con Luis XV, halló manera de escaparse bajo cualquier pretexto, y dejó solos á los amantes.

En los comienzos del amor, los días de ausencia valen por tres. Se avanza más camino por los recuerdos y las luchas que no se habría avanzado por los cuidados y las atenciones constantes. Parece que los amantes se deben uno á otro una indemnización. La mujer que tan á menudo ha luchado contra sí misma, que se ha abstenido de lo que apasionadamente desea; parece haber agotado sus fuerzas en esas abstenciones imaginarias; y cuando ve de nuevo á su amante, cesa su rigor, pierde el ánimo, y, de antemano vencida, cede con tanta impaciencia y abatimiento como amor.

Al despedirse el rey de la señora de Vintimille, la pobre señora de Mailly nada tenía ya que dar á su hermana.

Veinticuatro horas después, los cortesanos de buen olfato lo sabían todo. La antecámara de la marquesa fué sitiada por una muchedumbre escogida; pero aquella no recibió á nadie, sino que se quedó entre su amante de la víspera y el confidente íntimo de aquel amor. La cena fué por demás alegre.

Interin, la malaventurada condesa padecía horrosamente. Abandonada en su habitación, sola, había esperado vanamente todo el día y hora tras hora á su hermana y tal vez al rey.

La marquesa, entregada por completo á su dicha, no se atrevió á decir desde el primer día á Luis XV á quién ella la debía, ni tampoco se atrevió á entrar en la habitación de su generosa rival; y es que estaba

avergonzada de sí misma, de lo que no había dicho, pero sí tal vez pensado.

Quiso la señora de Mailly saberlo todo, y con preferencia por boca de Bernardina, á la cual arrancaba una á una las palabras como con tenazas.

La condesa pasó el día y la noche llorando, y dijo entre sí:

— Tal vez los veré mañana. ¡Ingratos! me deben su ventura, y no me han dicho que eran felices.

Tampoco vió, al otro día, la señora de Mailly á la enamorada pareja, y entonces comprendió aquélla que el duque de Richelieu la había engañado y que el rey no la necesitaba para amar á la marquesa. Su primer impulso fué retirarse sin chistar, sin quejarse, ir á esconder en el claustro su dolor y su arrepentimiento. Pero la retuvieron la esperanza y la imperiosa y primordial necesidad que de ver á su amante siente la mujer. Así, pues, la condesa esperó.

Transcurrieron tres días enteros, pasados los cuales anunciaron por fin á la señora de Mailly la visita de su hermana.

La señora de Vintimille, por quien estoy enterada de todos estos pormenores, hame asegurado con frecuencia, después, que cien veces había sentido impulsos de ir á besar á su hermana, y que no se había atrevido á visitarla.

— Estaba avergonzada de mí misma — añadía, — y su generosidad me abrumaba.

La entrevista de las dos hermanas fué patética en grado sumo. La señora de Mailly, defiriendo á los ruegos de la marquesa, prometió recibir por un instante, aquella noche, al rey.

— Quiere verte—dijo la señora de Vintimille,— darte las gracias, hacerte patente su admiración y su cariño.

— ¡Oh! sí, es la gratitud y la compasión lo que le

trae. Me debe tu llegada y los preciosos instantes que acaban de transcurrir.

La señora de Vintimille se esforzó en persuadir á su hermana de que el rey sentía por ella el mismo afecto que antes.

— ¿Y no despertaría esto tus celos? — exclamó la señora de Mailly. — Pero ¡bah! ¿puedes darme una prueba más evidente del abandono en que el rey me tiene que enviármelo tú misma?

Con todo eso, la señora de Mailly se engañaba. Luis XV la visitó por la noche, y estuvo tan cariñoso, solícito y rendido como puede estarlo un galán que ama bastante poco á una mujer para amar á dos simultáneamente.

La señora de Mailly tuvo la gloria de repeler al soberano y de guardar fidelidad á la promesa que hiciera á su hermana; pero sintió gran consuelo y fué casi dichosa: conservó la esperanza en lo venidero.

Transcurrió el tiempo de esta suerte. A los ojos de la corte, Luis XV era íntimo de ambas hermanas; pero no había nada de eso. La señora de Vintimille lo sabía; así es que soportaba las relaciones de la condesa con el monarca sin mostrar á ninguno de los dos la más leve sospecha ni el temor más leve.

La señora de Vintimille tenía el carácter dominante; al hacerse amante del rey, quería compartir con éste el poder, y sobre todo que gobernase por sí y empuñase nuevamente las riendas del Estado. La marquesa predicaba al soberano la gloria y la independencia, y le deseaba que la historia lo mencionase con elogio. La señora de Chateauroux, tiempo después, no hizo más que ejecutar lo que la marquesa había meditado antes que ella.

El rey escuchaba con gusto á su amante; la señora de Mailly no lo había acostumbrado á tal lenguaje. Extraña á cuanto no era su amor ó los placeres del

rey, mantenía á éste en la molicie y la dominación; no por sistema, sino porque el amor era su pensamiento único, porque amaba á Luis y no al monarca, y porque al lado de él olvidaba todo lo que no era él.

Pasados algunos meses, la señora de Vintimille se puso en cinta, y desde aquel punto el rey la adoró, y no se apartaba de ella, y nada hacía sin consultarla, hasta el punto que el viejo ministro, que de todo corazón echaba de menos á la señora de Mailly y hubiera dado montes de oro para que la condesa hubiese recobrado su ascendiente, concibió la más v va inquietud.

Yo veía bastante á menudo á la marquesa; la cual no había abandonado á sus amigos, y, á pesar de su poder, me escribió que no me olvidaba. Más de dos veces encontré á Luis XV en casa de ella, y sé decir que, de haber sido yo todavía joven, hubiera amado á aquel hombre, con parecerme pequeño y mezquino comparado con su grande antecesor.

La condesa me contó muchas cosas; en dos pinceladas trazaba retratos sorprendentes, y ningún cortesano se substraía á sus sátiras. A mí me hizo conseguir mis dos pensiones; la que pesaba sobre el bolsillo particular de la reina, pidióla ella personalmente á Su Majestad, la santa María Leczinska, que, por espíritu de penitencia, nada negaba á las concubinas de su marido.

Durante su embarazo, la señora de Vintimille estuvo muy delicada de salud, y pasó los dos últimos meses en la cama. Yo iba á hacerle á menudo compañía en las horas en que el rey no podía estar al lado de ella y en que ella no recibía á nadie.

La marquesa, que desmejoraba visiblemente y padecía mucho, me dijo un día:

— Acuérdesse V. de mis palabras, señora: de esta no me levanto, mi dolencia es de muerte.

— ¡Qué ideas más fúnebres, señora! ¡A la edad de V. y por una cosa tan natural!

— Al contrario, nada tiene de natural lo que yo siento. Se han propuesto matarme y á mi hijo conmigo; pero no conseguirán más que la mitad; á lo menos él está vivo. En cuanto á mí, poco más les molestaré.

— ¿A quién, señora? ¿quién puede tener interés en hacerla morir á V.? Que yo sepa, no causa V. mal á nadie.

— ¿A quién? A los enemigos del rey, de su gloria; los que quieren monopolizar el poder real y ser los amos del reino y retener en tutela al soberano.

— ¿El cardenal?

— No nombro á nadie, ni necesito nombrar. Sucederá lo que he dicho, y no le pido á V. sino que se acuerde.

Y efectivamente me acordé.

La señora de Mailly cuidó á su hermana como hubiera podido hacerlo una madre. Es indecible lo que hizo en aquella ocasión: olvidada de sí misma, no durmió de día ni de noche; con las manos enclavijadas, suplicó al rey que se apartase lo menos posible de la enferma, y el rey se mostró lleno de afecto y de interés para con la señora de Vintimille, á quien amaba de todo corazón, y á la cual hubiera deseado vivamente conservar la vida; pero el Rey de reyes lo había dispuesto de otra manera.

## LXVII

Llegada la hora, el parto fué horrible; la pobre mujer pasó tres días y tres noches en medio de dolores indecibles. El rey, puede decirse que no se apartó

de la paciente, y la señora de Mailly no permitió que nadie más que ella la cuidase. Las demás hermanas apenas se dejaron ver.

Por fin la marquesa echó al mundo un niño que fué llamado conde de Luc. Su parecido con el rey era extraordinario, y de tal suerte fué este parecido aumentando, que, llegado el conde á la edad adulta, diéronle el epíteto de *Semi Luis*. Si no me engaño, todavía vive. Luis XV lo amó siempre, y aun lo prefirió á sus hijos legítimos, y lo trató de un modo especial, con no haber reconocido á ninguno de sus bastardos, á imitación de Luis XIV. Las princesas trataron al conde de Luc con gran cariño, y velaron constantemente por su fortuna, á la cual, por otra parte, su padre había provisto generosamente.

Al otro día del alumbramiento, la señora de Vintimille se encontró mejor, y tuviéronla por salvada; ahora la marquesa estaba apegada á la vida y quería olvidar sus presentimientos.

La señora de Vintimille ordenó á una de sus criadas que me escribiesen rogándome que fuese á verla para admirar su salud y cuán equivocada había andado en sus previsiones; y, efectivamente, fuí á visitarla.

Estaba, la carta de la marquesa, fechada el día anterior, y la había recibido yo por la mañana del día en que visité á la parida; no perdí, pues, el tiempo.

Iba yo á la sazón bastante á menudo á Versalles y me había procurado allí un apeadero.

Al entrar en la antecámara de la marquesa, vi á varios lacayos silenciosos y con el rostro compungido, y, al preguntarles qué novedades ocurrían, respondiéronme que aquélla estaba muy grave y que probablemente no me permitirían verla.

— ¡Cómo! — exclamé, — ayer hizo que me escribiesen que se encontraba bien.

— Así era, en efecto, señora; pero esta noche ha habido necesidad de reclamar el auxilio de todos los médicos, los cuales han declarado que no pasaría del día de hoy, á menos de obrarse un milagro.

Esta nueva me produjo el efecto de un rayo. ¡Pobre marquesa! ¡tan joven, tan inteligente y tan poderosa! Me acordaba de sus presentimientos y me pasmaba de su exactitud. Sin embargo, me resistía á renunciar á la dicha de volver á verla, é insistí. Entonces dijéronme que si el rey estaba junto á la marquesa, no sería posible recibirme; pero que tal vez aquél ya se hubiese retirado, y que, de ser así, me permitirían entrar.

El lacayo fué á informarse, y volvió, anunciándome que la señora de Mailly me rogaba que entrase un rato. La condesa estaba sola junto á la enferma, y como sabía cuánto nos queríamos la señora de Vintimille y yo, creyó cumplir la voluntad de la marquesa consintiéndome entrar.

¡Qué espectáculo ofrecía aquel aposento! ¡Aquel ídolo de la fortuna, caído en medio del lujo, rodeado de cuanto podía hacerle agradable y dichosa la existencia! ¡Aquella muerte, más poderosa que la ciencia y que el más poderoso rey de la tierra, al cual arrebatava su amada, cuando hubiera él sacrificado sus tesoros para conservarla! ¡Aquel infante regio nacido en medio de los dolores, llorando en su dorada cuna, como el pobre sobre el montón de húmeda paja! Apoderáronse de mí las ideas filosóficas, y, ante aquel cuadro, me quedé muda, tal era el cúmulo de pensamientos que me invadía la mente.

La señora de Mailly se avanzó á mi encuentro sin decir palabra, y me mostró á su hermana con un ademán de una elocuencia de corazón admirable. La marquesa estaba tendida, inanimada, moribunda, sin conocimiento. ¿Estaba todavía allí su alma? No lo

sé. El rostro de la pobre señora me pareció de un color singular, semejaba un trozo de mármol amarillo y verde; así es que, al verla, no pude represar un ademán de sorpresa y de dolor, que no pasó inadvertido á la condesa, la cual me dijo en voz baja:

— Sí, la han matado; V. lo cree, ¿no es verdad?

— Si realmente es así, hay que vengarla ruidosamente.

— ¡Vengarla! ¿Y en quién? ¿dónde hallar á los culpados? No, señora, no hay que vengarla, sino suplicar á Dios que nos perdone á todos, pecadores, y nos rehabilite en su gracia. Mi pobre hermana no ha podido recibir ningún sacramento.

Aquel exceso de devoción en la señora de Mailly, no me asombró: las almas sensibles tienen siempre en su corazón un rinconcito para Dios, que las espera cuando los hombres las abandonan. Raro es que aquellas falten á la cita, y la señora de Mailly no faltó.

Miré largamente aquel rostro, en otro tiempo tan vivo y animado y ahora convertido en materia inerte, y más me asombré que me conmoví, y más que mis afectos, interesáronse mis pensamientos y mi espíritu. Transcurridos algunos minutos, me retiré.

La señora de Mailly estuvo cuan atenta le permitió su aflicción, y me persuado que no se le ocurrió ni una idea personal. La muerte de su hermana iba á devolverle el rey; pero ni siquiera pensaba en ello la condesa.

Regresé á París, y durante aquel día falleció la señora de Vintimille.

Por todas partes cundió la sospecha de envenenamiento; en cuanto á mí, tócame decir que la sospecha es convencimiento. La marquesa y la señora de Chateauroux pagaron con la vida la peligrosa dicha de verse amadas por un rey y querer condu-

cirlo á la posteridad, en alas de la gloria, según el estilo de los poetas. Las últimas concubinas de Luis XV hicieron á su entonojo en Francia, porque no tuvieron rivales, la Pompadour sobre todo, porque la pobre du Barry no se metía para nada en la cosa pública. Una vez la encontré en casa del duque de Aiguillon, muerto ya Luis XV, y me hizo una confesión altamente singular y divertida.

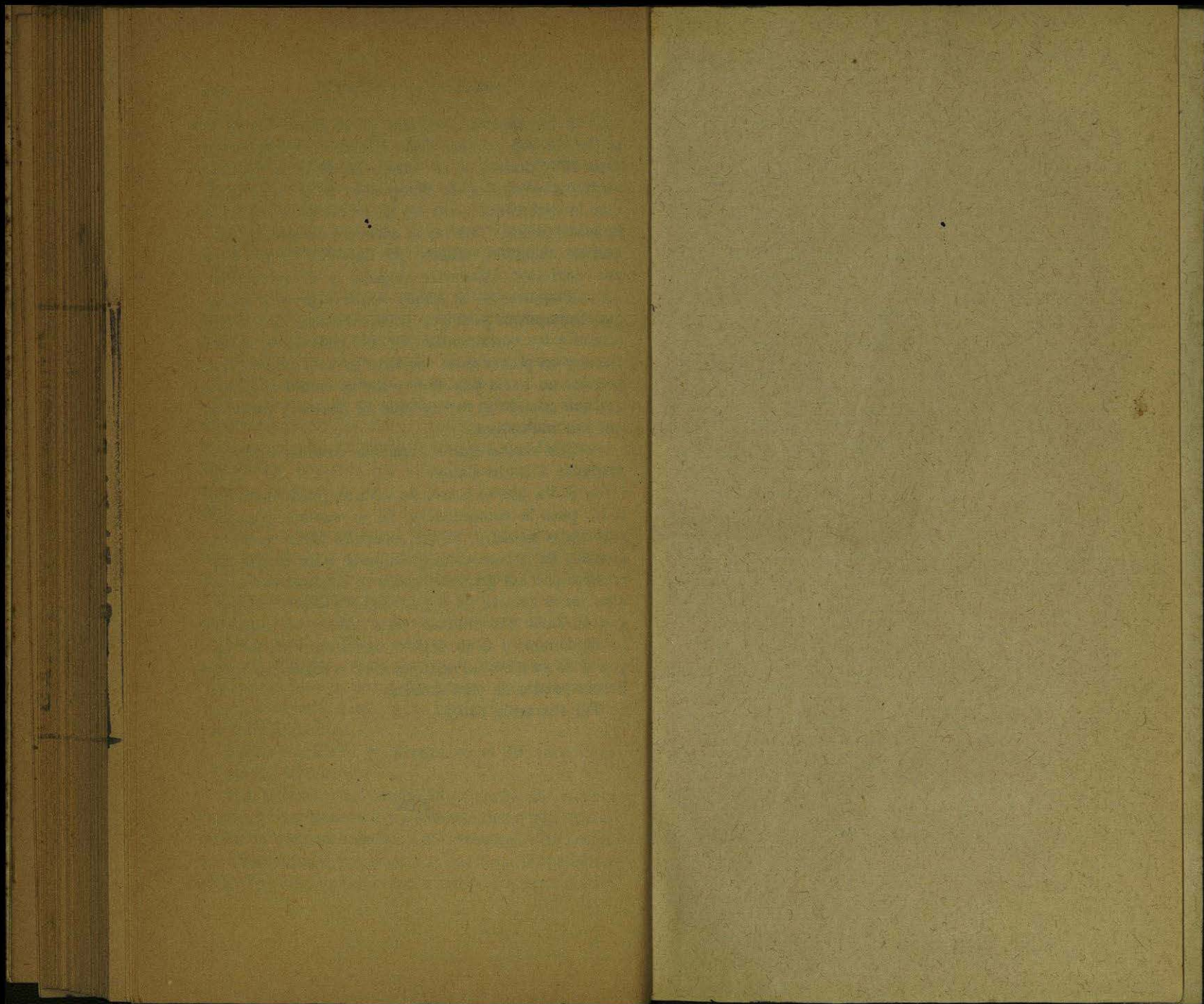
— Pregunte V. al duque — me dijo — si había que empujarme para que yo me metiese en los ministros y los parlamentos. Yo sólo pensaba en divertirme y en poseer ricos vestidos, joyas y plumas. La política no hacía para mí, y nunca estaba más alegre que cuando el rey cerraba la puerta y prohibía que nos molestasen.

— ¿Es verdad que V. llamaba *Francia* al rey? — pregunté á la du Barry.

— A V., que es mujer de talento, puedo decirselo todo, pues lo comprenderá. Sí, es verdad, y eso lo regocijaba mucho... Si me escapaba algún voto, se henchía de satisfacción, y durante todo el día me repetía que las grandes damas y las reverencias lo aburrían y que sin mí la pesadumbre habría acabado con él. Luis XV también tenía talento. A menudo he deplorado, y él lo deploró asimismo, que los ingenios de su reino no pudiesen oírlo y conocerlo; todo habría pasado de otra manera.

Tal vez tenía razón.

FIN







M

U

P  
S  
V